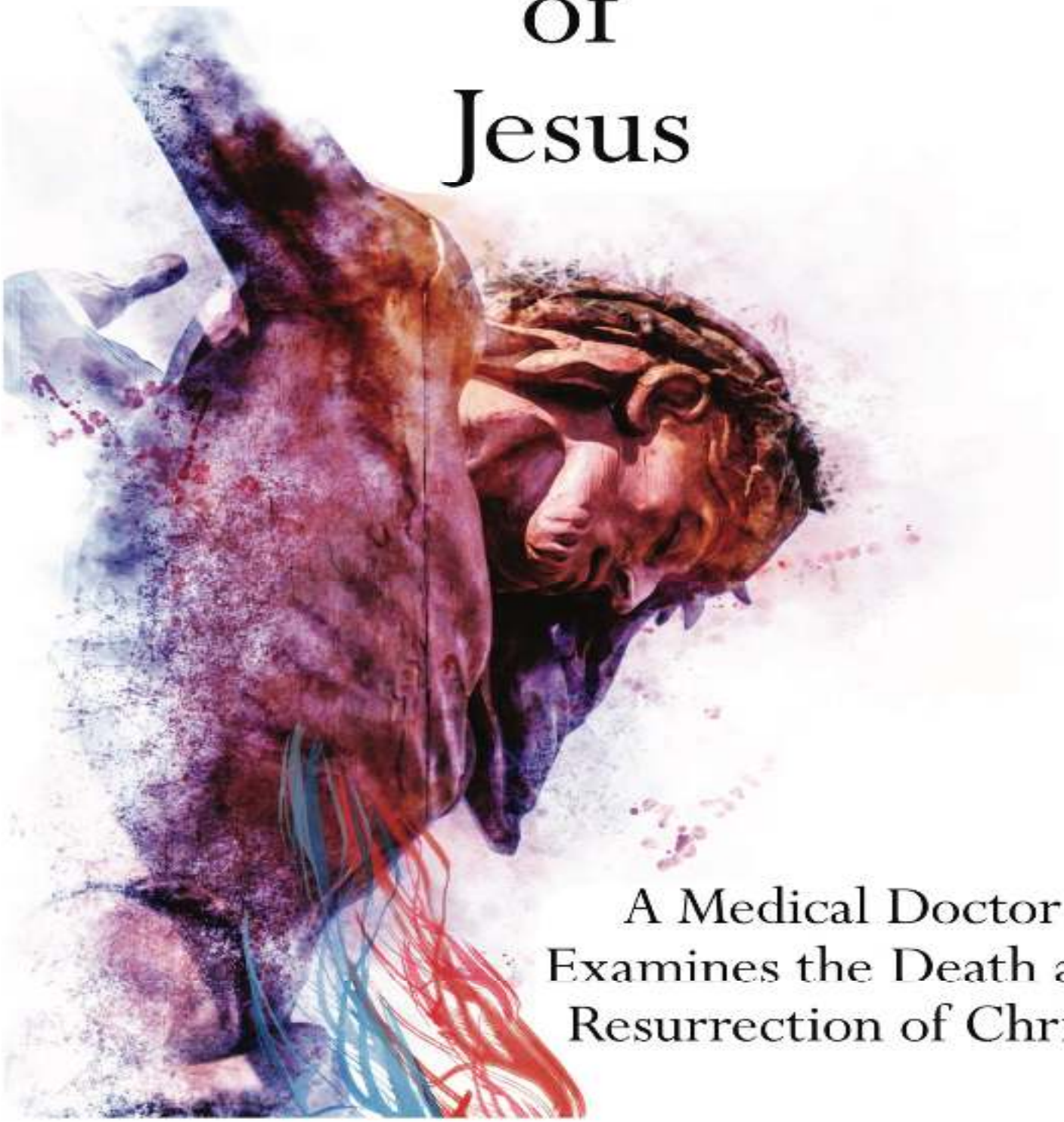
The Crucifixion of Jesus



A Medical Doctor Examines the Death and Resurrection of Christ

Joseph W. Bergeron, M.D.

With a Foreword by Gary Habermas, Ph.D.

Tabla de contenido

Dedicación

Contenido

Expresiones de gratitud

Prefacio

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Epílogo

Lista de imágenes

Lista de pasajes bíblicos

Acerca del autor

Notas a pie de página

La crucifixión de Jesús

Un médico examina la muerte y resurrección de Cristo.

Joseph W. Bergeron, MD

Con prólogo de Gary Habermas, Ph.D.

La crucifixión de Jesús

Un médico examina la muerte y resurrección de Cristo.

Por Joseph W. Bergeron

Copyright
©
2018 Joseph W. Bergeron

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito del editor, salvo en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Las citas bíblicas se utilizan con permiso. Todas las citas, salvo que se indique lo contrario, provienen de la Biblia NET ® © 1996-2017 de Biblical Studies Press, LLC. Todos los derechos reservados.

Imagen de portada: Utilizada bajo licencia de Shutterstock.com; Thoom/Shutterstock.com

Las imágenes y los fragmentos utilizados en el libro, salvo que se indique lo contrario, son de dominio público.

ISBN: 1-947707-20-5

ISBN-13: 978-1-947707-20-7

Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018946437

Publicado por la editorial St. Polycarp.

www.stpolycarppublishinghouse.com

info@stpolycarppublishinghouse.com

Impreso en los Estados Unidos de América

DEDICACIÓN

A mi hijo, Matthew, un hombre de buen carácter.

A mi hijo José, que nos enseña a todos la confianza y la humildad.

A mi esposa, Magdalena, mi amor y compañera.

Y a mi Señor Jesucristo, el bendito y único Soberano, Rey de reyes y Señor de señores. Amén.

CONTENIDO

Expresiones de gratitud

Prólogo del Dr. Gary Habermas

Prólogo

1 ¿Quién decía ser Jesús?

2. Cómo conocemos a Jesús

3. La política

4. La conspiración del asesinato

5 Crucifixión romana

6. La ejecución de Jesús

7 Causas de muerte

8 La Resurrección

Epílogo

Bibliografía

Lista de imágenes

Lista de pasajes bíblicos

Lista de términos en el texto principal

Acerca del autor

EXPRESIONES DE GRATITUD

Quisiera agradecer al Dr. Roger Bailey. Su ayuda ha sido invaluable.

También quisiera agradecer a Aaron Simms y al personal de la editorial St. Polycarp Publishing House por su profesionalismo y sentido de la misión.

Que unos pocos hombres sencillos hubieran inventado en una sola generación una personalidad tan poderosa y atractiva, una ética tan elevada y una visión tan inspiradora de la fraternidad humana, sería un milagro mucho más increíble que cualquiera registrado en los Evangelios. Tras dos siglos de alta crítica, los rasgos de la vida, el carácter y las enseñanzas de Cristo siguen siendo razonablemente claros y constituyen el aspecto más fascinante de la historia del hombre occidental. [1]

- Will Durant, historiador

PREFACIO

POR EL DR. GARY HABERMAS

El propósito de esta introducción es presentar la publicación de un volumen exhaustivamente documentado del médico Joseph W. Bergeron, mi amigo y coautor de un estudio relacionado sobre un tema similar. [2] Titulado *La crucifixión de Jesús: Un médico examina la muerte y resurrección de Cristo* , el Dr. Bergeron profundiza principalmente en las circunstancias que rodean el final de la vida de Jesús, aplicando sus intereses y experiencia médica a decenas de detalles distintos.

En consecuencia, este volumen investiga acontecimientos de la vida de Jesús, comenzando con aspectos como sus afirmaciones sobre su identidad (Capítulo 1), información sobre su vida y lo que se puede saber de él (Capítulo 2), y la situación política en la que vivió (Capítulo 3). Esto sienta las bases para el núcleo de este texto, que Bergeron comienza detallando las circunstancias que rodearon la muerte de Jesús (Capítulo 4). Como indica el título, la mayor parte del libro trata sobre la naturaleza general de la crucifixión romana (Capítulo 5), los detalles de la crucifixión de Jesús (Capítulo 6), la causa médica de su muerte (Capítulo 7) y su resurrección (Capítulo 8). Volveremos a los detalles específicos más adelante.

El centro de la fe cristiana

La mayor parte del libro de Joe Bergeron se centra en las verdades del mensaje del Evangelio cristiano tal como fue comunicado originalmente, ubicado en el corazón mismo de la fe cristiana. En su sentido más estricto, cuando los detalles del Evangelio se definieron en el libro de los Hechos y las Epístolas del Nuevo Testamento, casi siempre se mencionan tres elementos fácticos indispensables de forma conjunta: lo que podríamos llamar la perspectiva divina del Evangelio. Estos tres elementos básicos son que Jesús era divino (generalmente indicado por la identificación de Jesús con títulos como Mesías, Cristo, Señor o Hijo de Dios, junto con otros comentarios elevados como que Jesús fue exaltado a la diestra del Padre). Además, Jesús murió crucificado, resucitó y se apareció a sus

seguidores. Otros aspectos (como que Jesús era hijo de David o su sepultura) también se mencionan a veces en estos mismos contextos, pero no se citan de forma tan uniforme ni consistente.

Numerosos pasajes representativos del Nuevo Testamento identifican consistentemente estos tres puntos centrales al detallar y predicar los aspectos específicos del Evangelio.[4] La respuesta humana alentada a este mensaje evangélico, en términos de un compromiso de fe de por vida con Jesucristo , también se enfatiza en muchos textos, a menudo dirigidos a los oyentes originales y a los lectores posteriores en el mismo contexto.[5] La identificación y predicación de este mensaje fue la proclamación dominante en la iglesia primitiva.

Probablemente el ejemplo más conocido de la importancia central de esta declaración se encuentra en la detallada declaración de Pablo en 1 Corintios 15:1-22. Quizás el comentario más directo sea que este mensaje del Evangelio (15:1-2) era de suma importancia (15:3). Además, si este mensaje no fuera verdadero, entonces la predicación (15:14) y otros testimonios (15:15) serían vanos o incluso falsos. Es más, nuestros seres queridos que murieron confiando en Cristo han perecido (15:18). Quizás lo más impactante sean los comentarios de que incluso nuestra fe personal es vana y nuestros pecados no han sido perdonados (15:14, 17). Sin la resurrección de Jesús y de los creyentes, los cristianos bien podrían convertirse en personas ociosas (15:32b). En resumen, sin el mensaje de la muerte y resurrección del Señor Jesucristo, ¡los creyentes serían los seres humanos más desdichados (15:19)!

Sería muy difícil encontrar un pasaje del Nuevo Testamento que exprese con mayor claridad la importancia crucial de este mensaje central. Sin embargo, Pablo corrige esta impresión negativa al afirmar que, gracias a la resurrección de Cristo (15:20), podemos revertir todas estas ideas preconcebidas. Afortunadamente, ninguna de estas afirmaciones sobre la inutilidad del cristianismo es cierta.

Pero este no es el único pasaje del Nuevo Testamento que proclama esta centralidad, como lo demuestran algunos ejemplos. Cuando se le preguntó qué señal demostraría que era el elegido y portavoz de Dios, Jesús mismo se refirió en más de una ocasión a su muerte y resurrección (Mateo 12:38-40; 16:1-4). La vida de Jesús es la base de la vida después de la muerte del creyente (Juan 14:19; cf. 1 Juan 3:2). En sus propias palabras, este mensaje del Evangelio fue el punto central de toda la historia de Jesús (Lucas 24:25-27; 44-48). Desde sus primeras predicaciones, la resurrección fue el centro del mensaje de los apóstoles (Hechos 4:2, 33; 17:31). La resurrección también

fundamentó tanto la teología cristiana (1 Pedro 1:3-5) como la práctica cristiana (1 Corintios 15:58-16:2).

Detalles específicos de las posturas de Bergeron

Comenzando con los fundamentos de esta proclamación cristiana central y pasando a los detalles de la crucifixión en general (Capítulo 6), el libro de Joe Bergeron está repleto de información médica fascinante, perspicaz y documentada. Aborda temas como la hematidrosis o sudoración de sangre (129-133), así como el shock médico y los signos, tanto tempranos como tardíos, de que Jesús lo padecía (140-141, 163-167). Bergeron también incluye varias explicaciones modernas sobre los detalles relativos al tipo y las consecuencias de la paliza que recibió Jesús, junto con su propio análisis (134-138). Por último, las explicaciones sobre la probable extensión de las lesiones pulmonares de Jesús (138-139) y la herida en el pecho (139-140) resultaron excepcionalmente esclarecedoras.

Respecto a sus propias opiniones sobre lo que le ocurrió a Jesús durante su crucifixión (Capítulo 7), Bergeron dedica primero una cantidad excepcional de tiempo a enumerar varias de las opiniones médicas más populares sobre la causa de la muerte de Jesús (142-167), dedicando la mayor parte del espacio a la opinión más popular en la actualidad, la de la asfixia (147-156). Aparentemente favoreciendo el derrame pleural (la presencia de líquido en los pulmones—139-140), Bergeron pasa a exponer sus propias posturas. Su postura se centra en el shock (156-159) y luego avanza hacia la coagulopatía inducida por trauma, que es una complicación del shock (167), en la que el individuo pierde la capacidad de coagular el flujo sanguíneo (159-167). [6] A lo largo del proceso de evaluación, Bergeron se mantiene cauteloso, matiza su material, reconoce la existencia de otras posibles posturas y presenta buenos argumentos para su conclusión final.

Bergeron aborda las apariciones de Jesús resucitado en el capítulo 8. Comienza con una visión general y una sinopsis del material bíblico (172-176) para luego tratar brevemente la cuestión, siempre presente, de las variaciones en los relatos (176-177). La introducción de las apariciones resucitadas da paso a un examen exhaustivo de las perspectivas alternativas naturales sobre este evento (176-193). A continuación, Bergeron considera el Argumento de los Hechos Mínimos para las apariciones de Jesús resucitado (193-200), que utiliza únicamente los datos históricos que incluso los

estudiosos críticos casi siempre reconocerán. Finaliza el capítulo aplicando el Diagnóstico Diferencial a las posibilidades (200-201).

Un breve epílogo (203-206) relata la importancia central del mensaje de muerte y resurrección en el Nuevo Testamento, así como algunas implicaciones personales. Esta última parte recuerda a la primera sección de esta introducción. En conjunto, Bergeron presenta una gran cantidad de tesis académicas para su consideración, lo que convierte esta investigación en algo sumamente interesante.

Gary R. Habermas, PhD, *Profesor Distinguido de Investigación*
Director del Departamento de Filosofía del Seminario Teológico Bautista Liberty
www.garyhabermas.com

PRÓLOGO

Algunas de las personas más inteligentes que he conocido en el ámbito educativo y profesional tenían un conocimiento limitado o nulo sobre Jesucristo o cómo los acontecimientos de su vida dieron origen a la mayor religión del mundo. Una de las razones debe ser la animosidad generalizada hacia el cristianismo en las universidades. Esto era cierto cuando yo estudiaba y continúa hoy. El desprecio generalizado por el cristianismo entre los educadores y la escasez de enseñanzas sólidas sobre la vida de Jesús han tenido consecuencias notables. Se estima que el sesenta por ciento de los jóvenes que han crecido en la iglesia abandonan la fe durante sus años universitarios.[7] Esto es una epidemia.

¿Es tan fácil refutar la importancia de Jesucristo? ¿Pueden las creencias cristianas sobre la muerte y resurrección de Jesús resistir un análisis lógico? Las respuestas se encuentran en una explicación minuciosa de los hechos sobre la ejecución de Jesús y la creencia de sus discípulos de que resucitó de entre los muertos.

La Biblia contiene los relatos más detallados de la vida y el mensaje de Jesús. Al consultar los textos bíblicos, nos vemos obligados a considerar su veracidad. Si no podemos establecer la fiabilidad de los relatos bíblicos sobre la vida de Jesús, cualquier análisis posterior carece de valor. Dicho esto, existen pruebas considerables de que la vida y las enseñanzas de Jesús fueron registradas por quienes mejor lo conocieron y que los textos se han transmitido a lo largo del tiempo sin errores. En este libro se analizan las pruebas de la validez de los relatos bíblicos sobre la vida de Jesús, así como las referencias históricas a Jesús procedentes de fuera de la Biblia.

Jesús vivió en Judea y Galilea, regiones que formaban parte del reino de Herodes el Grande. Herodes gobernó el reino judío como estado vasallo del Imperio romano desde el 37 a. C. hasta su muerte, alrededor del 4 a. C. Tras su muerte, los romanos dividieron el reino entre los hijos de Herodes. [8] Si bien las fronteras del reino judío del siglo I difieren de las del Israel moderno, en este libro, por simplicidad, las regiones que conformaban el reino herodiano se denominan colectivamente «Israel». [9]

La política en tiempos de Jesús era compleja y puede pasar desapercibida con una lectura superficial de la Biblia. Los líderes judíos intentaban preservar una relación favorable, aunque precaria, con Roma, además de mantener la estabilidad política interna en Israel. Existían tensiones

de clase entre los judíos, sumado a un palpable desdén por sus gobernantes extranjeros. La amenaza de un estado policial romano y la confiscación de las reservas monetarias de Israel era inminente. La ciudadanía común anhelaba un líder dinámico enviado por Dios que los liberara de la ocupación romana y restableciera a Israel como un estado-nación teocrático autónomo. Muchos creían que Jesús sería ese líder. Los líderes religiosos judíos, sin embargo, opinaban diferente. Rechazaban la idea de que Jesús fuera el Mesías de Dios y su líder inminente. Más aún, temían que la creciente popularidad de Jesús atrajera la atención romana y desencadenara la ley marcial. Su riqueza personal y su estatus social estaban en riesgo. Comprender la agitación política en tiempos de Jesús arroja luz sobre por qué matarlo parecía tan importante.

A muchos les resulta difícil aceptar los relatos bíblicos de la vida de Jesús como documentos históricos fidedignos. Sin embargo, los pasajes bíblicos que describen su crucifixión tienen una importancia histórica intrínseca. En tiempos de Jesús, los romanos llevaban tres siglos utilizando la crucifixión como la forma más severa de pena capital. La crucifixión era un método de ejecución perfeccionado. No existen razones de peso para cuestionar la veracidad de las descripciones bíblicas de la ejecución de Jesús. Las prácticas romanas de crucifixión son bien conocidas y se analizarán en detalle aquí.

La muerte por crucifixión fue el resultado de una tortura lenta, sin herida mortal ni daño directo a órganos vitales. ¿Qué causó finalmente la muerte de Jesús? ¿Se le rompió el corazón por la agonía emocional? ¿Se asfixió al estar colgado en la cruz? ¿Murió cuando un soldado romano le atravesó el pecho con una lanza? ¿Murió de shock? Se examina la plausibilidad de cada una de estas posibilidades a la luz de los conocimientos médicos actuales.

Es un hecho innegable que los discípulos de Jesús experimentaron *algo* que les hizo creer que había resucitado a la vida corporal después de morir en la cruz. El martirio de sus discípulos y la rápida expansión del cristianismo en el primer siglo desafían cualquier otra explicación. La prueba irrefutable de que experimentaron algo *real para ellos* es que no retractaron su fe en la resurrección de Jesús, a pesar de que para muchos significó tortura y muerte.

¿Fueron engañados los discípulos de alguna manera? ¿Le robaron el cuerpo a Jesús? ¿Fueron a la tumba equivocada? ¿Podría una enfermedad psiquiátrica explicar la creencia de los discípulos en la resurrección de Jesús? ¿Alucinaban los discípulos cuando vieron a Jesús después de su crucifixión? Las hipótesis sobre las alucinaciones para explicar la creencia de los discípulos en la

resurrección de Jesús han pasado prácticamente desapercibidas para los profesionales médicos, a pesar de sus importantes implicaciones médicas.

Muchos médicos han escrito sobre la crucifixión de Jesús. No pretendo suplantar su trabajo. Más bien, me inspiro humildemente en los distinguidos eruditos médicos que se han esforzado por comprender y explicar cómo murió Jesús. Les estoy profundamente agradecido por sus investigaciones.

No respaldo a ninguna iglesia ni denominación en particular. Más bien, me he centrado en las creencias fundamentales comunes a todos los cristianos ortodoxos tradicionales: la muerte y resurrección corporal de Jesucristo.

Espero que esta lectura les resulte esclarecedora. A los cristianos, confío en que apreciarán las descripciones detalladas y comprenderán mejor lo que le sucedió a Jesús el día de su crucifixión. A quienes aún no tienen claro qué piensan sobre Jesús, les felicito por su integridad académica y su deseo de profundizar en el conocimiento. A todos, confío en que comprenderán el fundamento lógico de la creencia en la muerte y resurrección de Jesucristo.

Joseph W. Bergeron, MD

CAPÍTULO 1

¿QUIÉN DECÍA SER JESÚS?

«Tienes un maestro que dice venir de Dios y nosotros tenemos otro que dice venir de Dios. ¿Cuál es la diferencia? Jesús nunca dijo que era Dios, ¿verdad?». Mi amigo creció en la India en una tradición religiosa distinta al cristianismo. Es científico, experto en investigación y análisis. Sus preguntas estaban lógicamente dirigidas y apuntaban al núcleo del cristianismo ortodoxo. ¿Quién decía ser Jesús?

Jesús fue claro al afirmar que era un ser humano, pero también reivindicó una identidad sobrenatural. Dijo ser el Hijo de Dios, lo que en su cultura significaba que *era* Dios. Además, afirmó ser el Mesías, un libertador y rey sobrenatural anunciado en las profecías hebreas. Las declaraciones de Jesús pueden parecer enigmáticas hoy en día, pero se comprendían perfectamente en su época y cultura.

Jesús hablaba y actuaba como si *fuera* Dios. Por ejemplo, afirmaba tener el poder de perdonar los pecados y asegurar la vida eterna en el cielo para sus seguidores. Además, su reputación como hacedor de milagros parecía validar sus afirmaciones sobre su identidad.

Hijo del Hombre

Jesús se refería a sí mismo como el «Hijo del Hombre», es decir, *un ser humano* . El título de «Hijo del Hombre» busca contrastar la humilde condición humana con la excelsa posición de Dios. Al usar este nombre, Jesús dejó claro que era un ser humano. No podría haberse interpretado de otra manera. «Hijo del Hombre» fue el término que Jesús más utilizó para describirse a sí mismo, aunque parece paradójico en relación con sus declaraciones de ser el Hijo de Dios y el Mesías.

Antes de Jesús, el título de «Hijo del Hombre» se usó solo una vez en la Biblia para describir una figura divina. Esto se encuentra en la profecía de Daniel sobre un Rey que vendría de Dios al

final de los tiempos y gobernaría toda la Tierra por la eternidad: el Mesías (Daniel 7:13-14). El «Hijo del Hombre» que vio Daniel es humano, pero no un mortal común.

La profecía de Daniel, por lo tanto, anunciaba la llegada de un ser humano inmortal (Hijo del Hombre) que vendría de Dios para gobernar toda la tierra en un reino eterno:

Y entre las nubes del cielo se acercaba uno semejante a un hijo de hombre. Subió hasta el Anciano de Días [Dios] y fue llevado delante de él. Le fue dado el poder, la honra y la soberanía. Todos los pueblos, naciones y lenguas le servían. Su autoridad es eterna y no pasará. Su reino no será destruido (Daniel 7:13-14).

El Hijo del Hombre-Mesías de Daniel es diferente a cualquier otro ser humano y comparte características únicas de Dios. El Hijo del Hombre proviene de Dios, cabalga sobre las nubes y preside sobre toda la Tierra por la eternidad. La venida en las nubes está reservada a Dios *:* «Él [Dios] hace de las nubes su carroza, y se desplaza sobre las alas del viento» (Salmo 104:3). En la cultura hebrea, Dios es el soberano supremo de la Tierra: «¡Porque Dios es rey de toda la tierra! ¡Cantad un cántico bien escrito! ¡Dios reina sobre las naciones! ¡Dios se sienta en su santo trono!» (Salmo 47:7-8).

El Mesías

Jesús se identificó inequívocamente como el Mesías de la profecía hebrea. [10] Dijo: «Nadie ha subido al cielo sino el que descendió del cielo [Jesús refiriéndose a sí mismo], el Hijo del Hombre» (Juan 3:13). Al referirse a sí mismo como el *Hijo del Hombre,* Jesús alude claramente a la profecía de Daniel.

Al hablar con sus discípulos, Jesús les preguntó quién creían que era él. Luego les confirmó que era el Mesías y el Hijo de Dios.

Cuando Jesús llegó a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?». Ellos respondieron: «Unos dicen que Juan el Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías o alguno de los profetas». Él les dijo: «Pero ustedes, ¿quién dicen

que soy yo?» Simón Pedro respondió: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Y Jesús le respondió: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mateo 16:13-17).

Un rabino solía bendecir a un estudiante que hacía un comentario particularmente sabio o perspicaz. [11] Jesús bendijo a Pedro por su respuesta, específicamente por identificarlo correctamente como el Mesías e Hijo de Dios. Jesús dignificó aún más las palabras de Pedro al afirmar que había recibido esta revelación directamente de Dios.

La revelación de Pedro de que Jesús era el Hijo de Dios y el Mesías fue tan importante para Jesús que conmemoró el momento cambiando el nombre de Pedro de Simón a Pedro (en latín: *Petrus,* en español: Piedra). Al hacerlo, Jesús significó que el fundamento de su comunidad mesiánica, la Iglesia cristiana en general, era la comprensión y la aceptación de que él era el Mesías y el Hijo de Dios (Mateo 16:18). [12]

Jesús dijo que tenía una relación de padre e hijo con Dios. Dijo:

Os digo la verdad solemne: viene el tiempo —y ya ha llegado— en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán. Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha concedido al Hijo tener vida en sí mismo, y le ha concedido al Hijo autoridad para ejecutar juicio, porque él es el Hijo del Hombre.

No os asombréis de esto, porque llegará el tiempo en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz. y saldrán: los que hicieron el bien para resurrección de vida, y los que hicieron el mal para resurrección de condenación (Juan 5:26–29).

Jesús se sitúa nuevamente en el contexto de la profecía de Daniel como el Hijo del Hombre-Mesías. Según Jesús, el Hijo del Hombre-Mesías es también Hijo de Dios.

¿Qué significaba ser el Hijo de Dios?

En la época y la cultura de Jesús, afirmar ser el Hijo de Dios era lo mismo que afirmar ser Dios mismo. Un día, la gente se reunió en el Templo para hacerle preguntas a Jesús, específicamente para averiguar si afirmaba ser el Mesías. Su respuesta superó todas las expectativas. En lugar de afirmar

que era el Mesías, Jesús respondió que era literalmente el Hijo de Dios y que era uno con su Padre, Dios.

"...El Padre y yo somos uno." Los líderes judíos volvieron a tomar piedras para apedrearlo hasta la muerte. Jesús les dijo: «Les he mostrado muchas buenas obras de parte del Padre. ¿Por cuál de ellas me van a apedrear?» Los líderes judíos respondieron: «No te apedrearemos por una buena obra, sino por blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces pasar por Dios» (Juan 10:30-33).

La reacción de los líderes judíos no deja lugar a dudas sobre el significado preciso de las declaraciones de Jesús. Afirmar ser el Hijo de Dios era, literalmente, lo mismo que afirmar ser Dios mismo. Según la multitud, Jesús era culpable de blasfemia y merecía ser apedreado hasta la muerte. [13]

Jesús habló de Dios como su padre de una manera sin precedentes en la cultura hebrea. Los judíos podían referirse a Dios como su padre en un sentido figurado y colectivo (Juan 8:41). Sin embargo, Jesús habló de Dios de una manera diferente. Asumía una unidad con Dios como descendiente directo. Para los oyentes judíos, Jesús se identificaba como Dios. La multitud comprendió claramente lo que quería decir.

Autoridad sobre la Ley de Moisés

Quizás el profeta más venerado en la historia judía fue Moisés. Su relación con Dios era incomparable: « El Señor le hablaba a Moisés cara a cara, como a un amigo» (Éxodo 33:11). Moisés recibió los Diez Mandamientos directamente de Dios.

El cuarto mandamiento de los Diez Mandamientos es « Acuérdate del día de reposo para santificarlo » (Éxodo 20:8). Dios mismo « bendijo el día de reposo y lo santificó » (Éxodo 20:11). Algunos líderes religiosos criticaron a Jesús por no observar debidamente el sábado (Marcos 3:1-6 · Mateo 12:1-2 · Lucas 13: [13-15]). Por ejemplo, Jesús sanó a un hombre con una mano atrofiada en sábado. Esto enfureció tanto a algunos fariseos que tramaron asesinarlo (Marcos 12:9-14).

Jesús declaró que tenía autoridad sobre el día de reposo: «Porque el Hijo del Hombre es Señor del sábado » (Mateo 12:8). ¡Solo Dios podía anular la Ley de Moisés!

Preexistencia

Abraham fundó la nación hebrea siglos antes del nacimiento de Jesús. Sin embargo, Jesús les dijo a los fariseos que Abraham lo había visto. Dirigiéndose a los fariseos, Jesús dijo:

"Vuestro padre Abraham se alegró muchísimo al ver mi día, y al verlo se regocijó."

Entonces los judíos respondieron: "¡Aún no tienes cincuenta años! ¿Has visto a Abraham?" Jesús les dijo: «Les aseguro que, antes de que Abraham existiera, yo soy». Entonces tomaron piedras para arrojárselas, pero Jesús se ocultó de ellos y salió del área del templo (Juan 8: 56-59).

Jesús no solo dijo que existía antes del nacimiento de Abraham, sino que lo expresó de esta manera: «¡Antes de que Abraham existiera *, yo soy!* ». El término griego utilizado aquí es *egō eimi (ἐγὼ εἰμί)* , «yo soy», pero la sintaxis indica un significado que va más allá del sentido mundano habitual del término «yo soy».

Dios habló por primera vez con Moisés desde una zarza ardiente que no se consumía. Cuando Moisés le preguntó su nombre, Dios respondió: «YO SOY el que SOY» (אֶהְיֶה אֲשֶׁר אֶהְיֶה) (Éxodo 3:2,14). [14] El nombre «YO SOY» define la identidad de Dios como el creador increado, eternamente autoexistente, independiente del tiempo y que no requiere validación externa. [15] Moisés se encontró con el Dios Todopoderoso. Se cree que la pronunciación hebrea del nombre de Dios era «Yahvé», que era un reflejo del nombre «YO SOY». Sin embargo, en la cultura hebrea, el nombre de Dios era demasiado sagrado para ser pronunciado. [16]

Cuando Jesús dijo: «Antes de que Abraham existiera, yo soy», evocó el encuentro de Moisés con Dios. Jesús se refería a sí mismo como Dios Todopoderoso. La multitud lo entendió perfectamente. Rechazaron la afirmación de Jesús de que era Dios e intentaron apedrearlo hasta la muerte por la blasfemia.

La noche anterior a su arresto, Jesús se reunió con sus discípulos y oró con ellos. Parte de su oración incluyó la declaración de que era el Hijo de Dios y que existía antes de la creación de la tierra. Jesús oró:

Cuando Jesús terminó de decir estas cosas, alzó la vista al cielo y dijo: «Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti, así como le has dado autoridad sobre

toda la humanidad, para que dé vida eterna a todos los que le has dado. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste. Yo te glorifiqué en la tierra al completar la obra que me encomendaste. Y ahora, Padre, glorifícame a tu lado con la gloria que tenía contigo antes de que el mundo fuera creado" (Juan 17: 1–5).

Jesús le pide a Dios que lo glorifique y lo restaure a su legítima posición exaltada junto a Dios mismo, es decir, a su condición divina tal como era antes de la creación del mundo. Esto es asombroso, ya que en la teología judía Dios no glorifica a nadie: *«¡* Yo soy el Señor! ¡Ese es mi nombre! No compartiré mi gloria con nadie más… *»* (Isaías 42:8). La oración de Jesús también afirmaba la promesa de vida eterna para quienes creen en él.

Dios Todopoderoso

El politeísmo y el panteísmo son comunes en todo el mundo. Los conceptos de Dios difieren entre las religiones. En algunas religiones, es normal que alguien afirme ser parte de Dios, provenir de Dios o ser *un dios* . Por ejemplo, que un swami en la India afirme ser la encarnación de un *dios hindú en particular* no parece fuera de lugar. Sin embargo, en el judaísmo, Dios existe en un plano superior y separado de la humanidad. En la teología judía, solo hay un Dios Todopoderoso, el creador omnipotente del universo y de toda la vida.

La declaración fundamental del monoteísmo judío es el *Shemá Israel* : *«Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno. Amarás al Señor tu Dios con toda tu mente, con toda tu alma y con todas tus fuerzas»* (Deut. 6:4-5). Jesús ilustró la importancia del *Shemá Israel* para el pensamiento religioso judío de su tiempo:

Entonces vino uno de los expertos en la ley y los oyó debatir. Al ver que Jesús les respondía bien, le preguntó: «¿Cuál es el mandamiento más importante de todos?» Jesús respondió: «El más importante es: " Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor es uno . Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas . (Marcos 12:28–30).

Jesús dijo que el mandamiento más importante del judaísmo es el *Shemá Israel* . El *Shemá Israel* es un credo y una profesión de devoción absoluta al único Dios Todopoderoso. A los niños judíos se les enseñaba el *Shemá* tan pronto como podían hablar. Se recitaba dos veces al día, una por la

mañana y otra por la noche. [17] Probablemente fue el primer pasaje de las Escrituras que Jesús aprendió.

Cuando Jesús afirmó ser Dios, sus declaraciones eran completamente distintas a las de un swami en la India. No afirmaba haberse convertido en la encarnación de un dios en particular. Tal afirmación no sería sorprendente, pues se venera a muchos dioses, cada uno con devotos fieles. En cambio, Jesús se identificó como el único Dios Todopoderoso encarnado.

El testimonio de Jesús en el juicio

Quizás las declaraciones más impactantes de Jesús sobre su identidad sobrenatural se producen después de su arresto. Jesús fue llevado a la casa de Anás, suegro del sumo sacerdote judío, José Caifás, para un juicio secreto a altas horas de la noche. Algunos miembros del Sanedrín, el tribunal gobernante judío, también estaban presentes.

El sumo sacerdote le dijo: «Te pido bajo juramento por el Dios viviente que nos digas si eres el Cristo, el Hijo de Dios». Jesús le dijo: «Tú mismo lo has dicho. Pero yo te digo que de ahora en adelante verás al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder [Dios] y viniendo en las nubes del cielo». Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras y declaró: «¡Ha blasfemado! ¿Para qué necesitamos más testigos? ¡Ahora ya habéis oído la blasfemia! ¿Cuál es su veredicto? Respondieron: «Es culpable y merece la muerte». Entonces le escupieron en la cara y lo golpearon con los puños. Algunos le dieron bofetadas, diciéndole: «¡Profetiza para nosotros, Cristo! ¿Quién te golpeó?» (Mateo 26:63-68).

OBJ

Imagen 1 -

Es culpable de muerte

. Vasily Polenov.

Las respuestas de Jesús podrían parecer oscuras para los lectores no judíos, pero su significado era inequívoco para el Sumo Sacerdote y los demás presentes. Cuando se le preguntó si era el Cristo [Mesías] y el Hijo de Dios, Jesús respondió: «Tú mismo lo has dicho…». En esencia, Jesús estaba diciendo: *«Es exactamente como lo has afirmado* ». Pero para eliminar toda ambigüedad, Jesús también citó dos profecías mesiánicas y afirmó que él era la persona a la que se referían los profetas.

Primero, les dijo al sumo sacerdote y a los demás que lo juzgaban que lo verían a la diestra del Poder [Dios] y viniendo en las nubes. Caifás y los presentes comprendieron que Jesús se refería a la profecía mesiánica de Daniel sobre el Rey eterno que vendría del cielo montado en las nubes y gobernaría el mundo por la eternidad (Dan 7:13-14).

En segundo lugar, Jesús declaró que su posición legítima era estar sentado a la diestra de Dios. [18] Esto también es una referencia a una profecía mesiánica:

He aquí la proclamación del Señor a mi Señor:
Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. (Salmo 110:1)

La autoría de este salmo se atribuye a David, el rey más venerado de la historia judía, quien también era considerado un profeta. David afirma: «El Señor» (*Hashem* o «el Nombre» [de Dios]) proclama a «mi Señor» (*Adonai*): «Siéntate a mi diestra…». Este salmo profético describe a una persona sobrenatural, obviamente superior a David, el autor. Presenta una peculiar yuxtaposición de palabras. Dios se refiere a la persona sentada a su derecha como *Adonai* , «el Señor».

En efecto, Jesús le dijo a Caifás que él era *Adonai* (el Señor-Dios) y que lo vería sentado a la diestra de Dios. Caifás se enfureció tanto que rasgó sus vestiduras en señal de indignación y declaró a Jesús culpable de blasfemia. El sumo sacerdote y los líderes judíos actuaron como *jurado* . Lo encontraron culpable de blasfemia y, por lo tanto, merecedor de la pena de muerte según la ley hebrea (Imagen 1: *Es culpable de muerte*). Es importante destacar que Jesús no hizo ningún esfuerzo por corregir ningún malentendido. No había error.

Los judíos presentaron cargos contra Jesús ante el prefecto romano, Poncio Pilato. La blasfemia dentro de la religión judía era irrelevante para los romanos. Pilato no quería verse envuelto en desacuerdos religiosos. Además, sabía que los líderes judíos actuaban movidos por la envidia. Pilato «sabía que lo habían entregado por envidia» (Mateo 27:18). Pilato intentó desviar la atención de los judíos y les dijo que juzgaran a Jesús según la ley hebrea. Sin embargo, dado que buscaban la pena de muerte, Pilato estaba obligado a escuchar los cargos contra Jesús. Los tribunales romanos tenían jurisdicción exclusiva sobre la pena capital.

Pilato les dijo: «¡Tómenlo ustedes mismos y juzguenlo según su propia ley!». Los líderes judíos respondieron: «No podemos condenar a muerte a nadie por ley». (Esto sucedió para que se cumpliera la palabra que Jesús había pronunciado cuando indicó qué clase de muerte iba a sufrir. [19] *) Entonces Pilato regresó a la residencia del gobernador, llamó a Jesús y le preguntó: "¿Eres tú el rey de los judíos?". Jesús respondió: "¿Dices esto por tu propia cuenta, o te lo han contado otros?" Pilato respondió: «¿Acaso soy judío? Tu propia gente y tus sumos sacerdotes te entregaron a mí. ¿Qué has hecho?». Jesús contestó: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis siervos lucharían para que no me entregaran a las autoridades judías. Pero mi reino no es de*

aquí». Entonces Pilato le dijo: «¿Así que eres rey?». Jesús le respondió: «Tú dices que soy rey. Para esto nací y para esto vine al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que pertenece a la verdad escucha mi voz» (Juan 18:31-37).

Incluso en medio de los procedimientos legales romanos por falsas acusaciones de sedición, Jesús no intentó pedir perdón a Pilato ni aclarar los malentendidos sobre las acusaciones en su contra. El interrogatorio de Pilato a Jesús lo declaró inocente de cualquier delito capital según la ley romana.

Curiosamente, cuando Pilato oyó que Jesús afirmaba ser el Hijo de Dios, se asustó; «cuando Pilato oyó lo que decían, tuvo más miedo que nunca» (Juan 19:8). Pilato volvió a hablar con Jesús:

... y él [Pilato] volvió a la residencia del gobernador y le dijo a Jesús: "¿De dónde eres?" Pero Jesús no le respondió. Entonces Pilato dijo: "¿Te niegas a hablarme? ¿No sabes que tengo autoridad para liberarte y crucificarte?" Jesús respondió: «No tendrían ninguna autoridad sobre mí si no se la hubieran dado de lo alto. Por lo tanto, el que me entregó a ustedes es culpable de un pecado mayor» (Juan 19:9-11).

A partir de ese momento, Pilato intentó liberar a Jesús, pero la multitud judía gritó: «Si liberas a este hombre, no eres amigo del César. ¡Todo el que se proclama rey se opone al César!» (Juan 19:12). Pilato no quiso arriesgarse políticamente a ser acusado de deslealtad al César. Estaba acorralado. Pilato no tuvo más remedio que ordenar la ejecución de Jesús.

La vida después de la muerte

A través de la religión podemos buscar paz interior, tal vez un código de conducta o ética, pero sobre todo recurrimos a ella para responder a la pregunta de qué sucede en el momento de la muerte. La ciencia médica no ofrece ninguna explicación sobre lo que ocurre tras el cese de la vida biológica. Ni pretende hacerlo. ¿Es posible llegar a alguna conclusión lógica sobre la vida después de la muerte?

La fascinación por la vida después de la muerte es ineludible. Las descripciones de experiencias cercanas a la muerte son demasiado numerosas como para descartarlas, aunque resulten difíciles de

verificar científicamente. Incluso yo, a lo largo de los años, he atendido a varios pacientes que me han relatado experiencias cercanas a la muerte. Muchos médicos también las han tenido.

Hay muchos tópicos sobre la vida después de la muerte. *Era una buena persona* (al menos más buena que mala); *seguro que fue al cielo . Todas las religiones llevan a Dios, ¿no? Si sigo mi religión, todo saldrá bien al final. Si soy la mejor persona que puedo ser, seguro que Dios me aceptará en el cielo. ¿Cómo podría un Dios amoroso enviar a alguien al infierno?*

Si nos presentamos ante Dios en el momento de la muerte, ¿qué pensará? ¿Cómo juzga Dios a los humanos? ¿Los juzgará según nuestros propios criterios? La idea de que Dios evalúe las acciones de cada persona y la acepte en el cielo si la balanza se inclina un poco más hacia el *bien* que hacia *el mal* resulta reconfortante. La mayoría de las personas se situarían en el lado positivo de esa balanza, incluso sin tener fundamentos suficientes para ello. ¿Podemos asumir con seguridad que Dios analiza a los humanos de esta manera?

Parece evidente que *un Dios amoroso no enviaría a nadie al infierno* . Puede resultar cómodo y políticamente correcto afirmar que *todas las religiones conducen a Dios* y *que al final todo saldrá bien* . Sin embargo, esto es contraintuitivo. La mayoría de las religiones rechazarían esta idea y exigirían la adhesión a su sistema de creencias particular. Si un Dios amoroso buscara remediar el miedo más primario del ser humano, el *miedo a la muerte* , ¿no tomaría medidas específicas y proporcionaría instrucciones concretas a la humanidad?

Los asuntos de fe suelen ser inaccesibles a la investigación científica. Por esta razón, muchos optan por abandonar el estudio de la religión. Es cierto que la ciencia es incapaz de un estudio exhaustivo o de cuantificar lo sobrenatural. ¿Es esta una base lógica para concluir que Dios no existe? Abandonar el estudio de la religión porque las pruebas científicas son inalcanzables no es una postura lógica. Negar la existencia de Dios y la vida después de la muerte requiere supuestos especiales que son inverificables. Por lo tanto, el ateísmo constituye un sistema de creencias (religión) en sí mismo.

Jesús habla sobre la vida después de la muerte.

Jesús habló a sus discípulos acerca de la vida después de la muerte. Les aseguró que los protegería en el momento de morir y los llevaría a la vida eterna con Dios en el cielo.

Jesús dijo a sus discípulos:

Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna, y jamás perecerán; nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, es mayor que todos, y nadie puede arrebatárselas de la mano de mi Padre (Juan 10:27–29).

No se angustien. Creéis en Dios; creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. De lo contrario, ya os lo habría dicho, porque voy a prepararos un lugar. Y si me voy y les preparo un lugar, volveré y los llevaré conmigo, para que donde yo estoy, ustedes también estén (Juan 14:1-3).

La perspectiva de la eternidad sin Dios es aterradora. Jesús dijo que era la *falta de fe* en él lo que alejaba a las personas de Dios. Según Jesús, la eternidad en el infierno es autoinfligida. La condenación eterna no es el deseo de Dios para la humanidad. Jesús dijo:

Porque de esta manera amó Dios al mundo: ha dado a su Hijo unigénito [Jesús refiriéndose a sí mismo], para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por medio de él. El que cree en él no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios. Ahora bien, este es el fundamento para juzgar: que la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas (Juan 3:16-19).

La indiferencia hacia Jesús coloca automáticamente a las personas en el lado equivocado de la eternidad. Jesús planteó la decisión en términos claros y contundentes. Creer en él trae consigo la compasión de Dios, el perdón y la vida eterna en el cielo. El rechazo o la ambivalencia hacia Jesús tienen consecuencias peligrosas.

¿Se puede tomar en serio a Jesús?

A menudo se dice, con desdén: «Jesús fue un buen maestro de moral», como si se aceptara que fue un sabio que hizo una contribución positiva a la filosofía. Es cierto, por supuesto, que Jesús

enseñó moralidad. Sin embargo, esto no lo distingue de los demás. La historia ha conocido a otros maestros de moral dignos de mención.

Jesús fue mucho más allá. Sus afirmaciones fueron polémicas y, en ocasiones, provocadoras. Jesús afirmaba ser Dios Todopoderoso encarnado y el cumplimiento de las profecías mesiánicas hebreas. Su propósito era traer el perdón a la humanidad. Decía que la fe en él era el *único* camino al cielo. Rechazarlo sellaba un destino de separación eterna de Dios.

Si Jesús no era quien decía ser, ¿qué clase de hombre debió haber sido? Peter Kreeft planteó el dilema de esta manera:

Una forma de medir tu cordura es la magnitud de la brecha entre lo que crees ser y lo que realmente eres.